

Una vuelta al Tercer Mundo

La ruta salvaje de la globalización

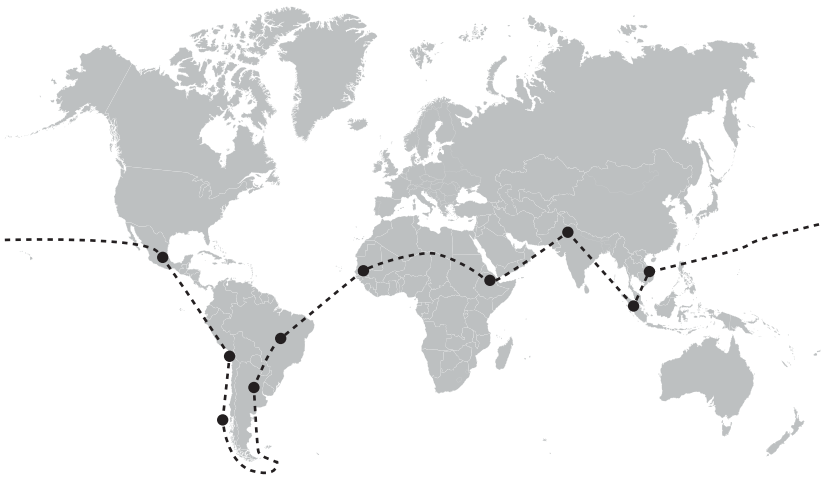
JUAN PABLO MENESES

DEBATE

El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer.
Y en ese claroscuro surgen los monstruos.

ANTONIO GRAMSCI

En las páginas que siguen serán frecuentes las referencias al pensamiento global tercermundista. Es necesario aclarar que, si bien el pensamiento global tercermundista no existe, todos los episodios y personajes que aparecen aquí sí son reales. De existir un pensamiento global tercermundista, este libro no tendría razón de ser.



Hace unos años me ofrecieron viajar al espacio. Subirme a una nave, salir de la atmósfera y contar cómo se veía el mundo desde allá arriba. Al comienzo dije que sí, que claro, que me gustaba la idea, que iría, que estaba de acuerdo.

La invitación me había llegado de la revista colombiana *SoHo*, y el plan era publicar una columna mensual de los preparativos, de la planificación de la travesía, de mi acondicionamiento físico, de cómo se iba acercando el momento del vuelo hacia fuera del mundo, del traslado a Nuevo México, en Estados Unidos, donde se estaba construyendo el Spaceport America, el primer aeropuerto espacial. Una historia por entregas, de la que alcanzó a publicarse la primera columna, en diciembre de 2008, titulada «3, 2, 1, despegue».

En el 2008 hubo una fiebre por salir de la tierra. Un banco de Chile lanzó «Viaje al espacio», una campaña de créditos de consumo que sortearía entre los nuevos endeudados un vuelo a la ionosfera. Y en París, una azafata francesa de treinta y dos años, llamada Mathilde Epron, se ganó un inesperado viaje al espacio por comer chocolate: dentro del envoltorio venía impreso el código ganador.

Todos, el endeudado chileno, la azafata francesa y yo, haríamos nuestro viaje espacial en las naves del proyecto Virgin Galactic, la compañía de vuelos espaciales de Richard Branson y Paul Allen,

cofundador de Microsoft. Pero no éramos los únicos. En la lista también había gente como Lady Gaga y Angelina Jolie. Cada día se sumaba un nuevo famoso: un tenista argentino, un futbolista sudamericano que triunfaba en Europa, una modelo alemana o un actor italiano.

Todos querían formar parte de ese futuro como el de *Los Superpónicos*. Diariamente, una nueva celebridad millonaria aparecía en la lista de espera del viaje espacial. La ionosfera prometía terminar convertida en un pasillo galáctico de estrellas de la farándula planetaria.

Esa fue la primera razón para rechazar el viaje. Irse un rato al espacio exterior de pronto se convertía en una travesía sin mayor importancia. A la frivolidad de quienes querían volar fuera de la tierra como parte de su estrellato, sumé mi propia frivolidad y elegí esa invitación —un vuelo fuera del planeta— como el primer viaje a rechazar en todos mis años de periodista portátil y de muchas invitaciones, que siempre aceptaba.

Y así abandoné el espacio.

Y entonces volví a la tierra.

Y comencé a planificar una aventura más simple y terrenal: una vuelta al Tercer Mundo.

No era nada nuevo. En 1872, cuando Julio Verne publicó por entregas *La vuelta al mundo en 80 días*, la obsesión de contar un viaje alrededor del globo se instaló para siempre entre nosotros. Ciencia ficción, que terminó entusiasmando a cronistas de viajes de esa época. Como a Nellie Bly, una guapa periodista estadounidense que nació en 1864 y que aún hoy se ve moderna en las fotos. Nellie, una de esas personas decididas a concretar sus sueños, hizo realidad el mismo viaje que Verne imaginó, y terminó publicando *La vuelta al mundo en 72 días*. Dar la vuelta al globo es más

fácil ahora. Lo hacen parejas de luna de miel, equipos de fútbol en pretemporada, rockeros en gira de conciertos, y líneas aéreas que te arman una travesía global en quince minutos. El mundo al instante.

Una vuelta al Tercer Mundo no es uno de esos viajes. Esta vuelta al mundo duró mucho más que setenta y dos días, y más que setenta y dos meses, porque no ocurrió en una única travesía, aunque siempre fue parte del mismo y unitario plan: viajar el mundo por países, ciudades y temáticas tercermundistas. Y luego contarlos.

Parafraseando a Tabucchi, he viajado mucho y lo admito. Pero esta confesión, esta avergonzada disculpa frente a los lectores, va de la mano de una advertencia: la travesía que viene a continuación no tuvo mayor objetivo que el de intentar iluminar las zonas más oscuras de la aldea global.

En esta vuelta al mundo aparece un pueblo campesino de Brasil, un caserón perdido conocido por sus gemelos alemanes y experimentos genéticos, y donde se escondió uno de los altos oficiales nazis que logró escapar de Europa tras el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Y está el barrio de Buenos Aires donde vivió el primer Papa tercermundista, y la historia de varios presidentes latinoamericanos que viajaron al Vaticano para asistir a la asunción de un argentino como jefe de los católicos del mundo y así poder tomarse una foto con él.

Y se muestra la vida en Dakar, esa ciudad africana a la que un día le quitaron el rally más famoso del planeta para llevárselo, con nombre y todo, a otra parte del mundo, a una ciudad donde el deporte más importante no son los todoterrenos, sino una lucha que saca sangre y vuela dientes.

Y también hay disparos, porque siempre hay disparos en el Tercer Mundo. Esta vez los balazos saldrán de un fusil AK-47 en un campo de batalla de Vietnam, hoy reconvertido en un parque de diversiones para turistas de la guerra que llegan de todo el mundo.

Y hay un viaje al centro de la tierra en compañía de uno de los 33 mineros chilenos que fueron rescatados de la mina San José, y que ahora combaten el olvido de los medios haciendo recorridos turísticos por las ruinas del yacimiento que los hizo mundialmente famosos.

Y también están algunos jóvenes que se llaman Marcos, que nacieron en Chiapas, México, en la época del levantamiento zapatista y del Subcomandante Marcos, y que forman parte de lo que ha quedado de todo aquel intento revolucionario del pasamontañas.

Y aparece un recorrido por Kuala Lumpur, la ciudad futurista del Tercer Mundo, en la que habita un *dealer* digital y una niña que juega con un perro electrónico, y donde se va acumulando parte de toda esa basura tecnológica que genera todo el mundo y que siempre termina en basureros tercermundistas.

Y se pueden ver volar a las cholitas bolivianas, íconos de la cultura indígena latinoamericana, que todos los domingos luchan en un ring de boxeo. Están las buenas y las malas, que se pegan y estrangulan frente a turistas europeos que las vitorean durante los combates.

Y hay hambre y comida, o comida en el hambre. En este viaje se verá cómo son, cómo funcionan y quiénes van a los restaurantes más caros de Etiopía, una capital emblemática de la hambruna africana y mundial.

Y hay una historia de frontera —porque los problemas fronterizos no pueden estar fuera del Tercer Mundo— entre la India

y Pakistán, donde se lleva a cabo la ceremonia más extraña y delirante entre dos países en eterno conflicto.

Y hay un viaje por el cabo de Hornos, a través de las aguas más peligrosas del planeta, a bordo de un buque escuela donde la mitad eran cadetes y oficiales ucranianos y la otra mitad turistas alemanes. Primer y Tercer Mundo juntos rumbo al fin de la tierra. Como siempre.

Una vuelta al Tercer Mundo es un recorrido alrededor del planeta por una ruta salvaje, la no oficial, persiguiendo a nuestro Moby Dick: el pensamiento global tercermundista. Una travesía por la trastienda de la globalización. Pero quisiera creer que también es la concreción de una idea de Julio Verne, esa de que todo lo que una persona puede imaginar, otra puede hacerlo realidad.

Los viajes turísticos al espacio, que estaban programados para el 2010, aún no se han podido realizar. Las aeronaves de la compañía que promociona los vuelos han sufrido varios accidentes durante los ensayos, que han hecho repensar todo el proyecto.

Y aunque cada tanto aparece un nuevo millonario y/o famoso que vuelve a anunciar un próximo viaje espacial, seguimos aquí, solos en nuestro único mundo, sin poder todavía encontrar-nos con alguien a quien decirle: «Hola, yo soy de la tierra».

JPM

Febrero de 2015



01

Annuntio vobis gaudium magnum. Habemus Papam: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum, Dominum Georgium Marium, Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Bergoglio, qui sibi nomen imposuit Franciscum.

02

El centro de la ciudad de Buenos Aires está tapizado con carteles que llevan la foto del nuevo Papa y la leyenda: FRANCISCO I. ARGENTINO Y PERONISTA.

Las portadas de los periódicos y revistas muestran la imagen del último jefe mundial de los católicos. Los peatones aún no salen del asombro de hace pocos días, cuando luego de la fumata blanca se anunció en vivo y directo para todo el planeta que el nuevo pontífice era de aquí, de Argentina; el primer latinoamericano, el primer tercermundista en liderar la iglesia de Pedro.

En los días posteriores al nombramiento todo ha girado en torno al nuevo Papa. Un vendedor callejero me ofrece banderas del Vaticano. Me como un bife de chorizo jugoso y con ensalada mixta, mientras en el televisor de la parrillada pasan un especial sobre la vida del nuevo santo padre. Me cruzo con dos unidades móviles de

televisión que transmiten desde las afueras de la catedral. La barman de un local de moda me dice que está reorgullosa. Una ex novia me comenta, en tono de broma, lo grosso que son los argentinos. Un amigo ateo vaticina alarmado que esto recién comienza y que de atrás vendrá una ola de conservadurismo eclesiástico para todo el país. Veo a personas comprar velas santificadas con los colores celeste y blanco. Un taxista peruano me pregunta si quiero ir a conocer la zona donde vivía Jorge Mario Bergoglio hasta hace pocos días, mientras en la radio de su Renault se escucha a un comentarista explicando por qué este nombramiento es un gran triunfo latinoamericano. Un seminarista me cuenta cómo se están preparando para seguir desde aquí, desde el barrio del Papa, su entronización. Una bailarina dominicana me asegura que en el cabaret todo ha sido fiesta. Durante el desayuno en el hotel veo a turistas brasileños aguantando las bromas de los argentinos que mezclan fútbol y religión, y nosotros tenemos a Maradona y a Messi y ahora al Papa y ustedes a Pelé, que debutó con un pibe.

El Primer Mundo está obligado a mirar a nuestros países, o van a desaparecer, escribe un columnista especialista en temas del Vaticano. Los futbolistas de San Lorenzo, el equipo del que Bergoglio es hincha, dan entrevistas a los corresponsales de los medios italianos. Los programas de farándula explican paso a paso cómo será la ceremonia de asunción. Aumenta la cantidad de gente que va a misa y cae en Buenos Aires una lluvia de enviados especiales. En el barrio de Flores, donde nació y se crió el Papa latinoamericano, hay bolsos de inmigrantes bolivianos, asiáticos y paraguayos. Francisco solía hacer misas en la iglesia San José de Flores, una construcción sostenida por gruesas columnas en la entrada y que en la cúpula, debajo de la cruz, tiene un reloj imponente que le da la hora al barrio.

—No lo podemos creer. Todavía no podemos creer que el

nuevo Papa sea de acá. Que sea uno de nosotros, me dan ganas de llorar.—Y la mujer se emociona, casi llora, se tapa la boca con su mano vieja y pecosa y con artritis, y los ojos se le humedecen de emoción.

Gabriel, el párroco de la iglesia San José, dice que Bergoglio siempre venía a hacer aquí, a esta iglesia, a su barrio, la misa de Semana Santa, pero que ya no, que ahora la hará en el Vaticano, en Roma, en directo para todo el mundo, pero le pondrá su sello, porque él siempre fue muy austero, él sabe lo que son los pobres, él vivió con los pobres, él era muy sencillo, muy pobre en términos materiales, y eso será su sello, tengo esa ilusión, que el mundo entero va a entender mejor a los pobres con este Papa, con Francisco, que cambiará la visión, ¿me entendés?, que será otra cosa; lo mismo lo de los zapatos, por tradición tenía que usar unos zapatos rojos carísimos, pero él decidió que asumirá su papado con sus zapatos negros de siempre, con los que tenía aquí, con los que caminaba estas calles pobres.

Los jefes de Estado del Primer Mundo reaccionaron con alegría diplomática frente a la vaticana noticia. Los presidentes latinoamericanos no ocultaron su entusiasmo, adornando sus redactados mensajes con palabras del calibre de alegría, reconocimiento, triunfo, esperanza, esperanzador y esperanzados.

Hasta ese momento todavía no sospechaba que esa historia, la de estar en Buenos Aires los días posteriores al nombramiento, la de vivir toda esa fiebre porteña del Papa «argentino y peronista», me llevaría, un par de días más tarde, hasta el Vaticano para presenciar en vivo la ceremonia de entronización del papa Francisco. Y que en esos días romanos del Papa latinoamericano estaría con las presidentas de Argentina y de Brasil, y los presidentes de México y de Chile.

La historia comenzó a cambiar en Buenos Aires, cuando me llegó un correo electrónico con un extraño remitente: presidencia de Chile. Estaba invitado a formar parte de la comitiva de periodistas que viajaría a Roma, en el avión presidencial, junto al presidente Sebastián Piñera, para asistir a la ceremonia de entronización de Francisco. Se agregaba la hora y el lugar donde debía presentarme: en el aeropuerto de Santiago, mañana temprano.

03

Las horas que siguen son una carrera. Me voy a Roma, pero antes me voy a Santiago, pero antes debo adelantar mi billete de regreso a Chile, pero antes debo cancelar mi hotel en Buenos Aires, las dos noches que me quedan en la ciudad del nuevo Papa.

Suspendo y suspendo planes. Tacho programas sin asco, sin compasión, como un asesino serial de baja intensidad. El correo de la presidencia de Chile cambió la historia. Hablo por teléfono con muchos *call centers*. Aviso a mis amigos porteños que no podré verlos, me olvido de los encargos, como a la rápida, me voy al aeropuerto de Ezeiza; fumo antes de entrar en la terminal, embarco y me subo al avión a Santiago mirando mensajes en el teléfono; ya tengo la cabeza puesta en Europa, en pocas horas estaré en el viejo continente, recorriendo las calles del Primer Mundo; para allá voy, me abrocho el cinturón de seguridad, miro a la chica que va sentada a mi lado, hablo con la chica que va sentada a mi lado. Ella me detiene. Su historia me frena en seco.

Me freno y la escucho.

Ojo: viene de Europa, escapando de Europa, dejando la crisis

en su piso de Madrid para poder trabajar en Latinoamérica. No da más.

Se llama Mónica, habla con un tono afónico, tiene menos de treinta años, nariz grande, pelo negro y corto, ojos miel, dientes moderadamente torcidos, una pulsera de cuero, una mochila verde de agua de la que asoma una *Lonely Planet* de Chile y un cuello hinchable desinflado.

Compró el billete Madrid-Santiago, con escala en Buenos Aires, porque era más barato. Viaja con dos españoles. Ellos están sentados más atrás. Vienen a buscar trabajo. El mayor, el dentista, tiene un amigo de la universidad que está probando suerte en México y su cuñada lleva seis meses en Ecuador. El otro, el más joven, es periodista y, según cuenta Mónica, se aburrió de buscar oportunidades en España, que la crisis es más grave de lo que parece, que la solución no llegará en la próxima década, y que está entusiasmada con una oferta que recibió por internet desde Chile.

Mónica es diseñadora y lleva más de un año sin trabajo, es que en España no hay empleo, que la corrupción, que ustedes no se crean lo del fin de la crisis, que joder, que la crisis es más profunda y estaremos en crisis aunque no haya crisis y qué fuerte lo del Papa argentino y que te vas para allá, yo estaba en un bar de Madrid, un poco borracha, bebiendo con unas amigas que me hacían una despedida, cuando anunciaron que el nuevo Papa es argentino, hostia, joder, muy fuerte.

Me da un par de recomendaciones para Roma, pero a los pocos minutos ya vuelve a la crisis, a su crisis, crisis, crisis, crisis, crisis, crisis, crisis, crisis, crisis, crisis, crisis de esto y crisis de lo otro y crisis total y crisis por falta trabajo, a que es así, que esto es más grave de lo que parece y que hay que definirlo, yo lo defino... ¿Sa-

bes cómo lo defino?, ¿sabes cómo se podría explicar qué le pasó a España?, ¿sabes cómo veo todo lo que está pasando en los países que fuimos pobres, muy pobres de Europa, y después fuimos ricos, muy ricos? ¿Sabes lo que está pasando en España? ¿Sabes lo que se viene para Europa? ¿Sabes cómo lo defino? ¿Sabes cómo?

—¿Cómo lo defines?

—Una vuelta al Tercer Mundo.

04

El avión presidencial despega sin ceremonias. El piloto anuncia que haremos vuelo directo a Roma, y un par de suboficiales de la Fuerza Área explican las normas del viaje y qué hacer en caso de emergencia. El avión es un Boeing 767-300ER. En la parte delantera está el despacho, una cama de dos plazas y un escritorio, del presidente de Chile. Luego, en clase business, los invitados, entre ellos un ministro, un senador, el cardenal arzobispo de Santiago, Ricardo Ezzati, el jefe de los jesuitas chilenos, y los respectivos secretarios. Más atrás, siempre de la punta a la cola de la aeronave, están los guardias del presidente y el equipo de comunicaciones; más atrás, los asientos de la prensa acreditada y al final la tripulación de la Fuerza Área.

La mayoría de los periodistas se conocen bien. Son una suerte de guardia de palacio con micrófono, que se pasa todos los días en La Moneda cubriendo al mandatario y que lo acompañan en los viajes. Entre ellos se hacen bromas en clave, juegan a dejar claro quiénes son los que tienen más tiempo, más grado, y están llenos de códigos. Aquí adentro son todos oficialistas, aun quienes trabajen en medios de oposición.

No llevamos una hora de vuelo cuando aparecen Sebastián Piñera y su mujer, Cecilia Morel. Preguntan si estamos cómodos, y nos felicitan porque estaremos en un momento histórico, un momento para no olvidar, un Papa latinoamericano, un Papa que dirá che, ¿qué hacés, che?, ¿cómo andás, che?, me entusiasma mucho como presidente conocer a un Papa que va a tomar mate.

—¡Ah!, y llevamos varios curitas, de todo tipo, para que se confiesen todos —agrega Piñera.

Risas de los periodistas.

—En el colegio nosotras elegíamos confesarnos con el más sordo —dice la primera dama.

Risas de los periodistas.

Los cuatro o cinco periodistas que más viajan con el presidente lo rodean rápido, y lo bombardean con preguntas que más bien le dan pie al mandatario para que haga una broma. A veces todo parece un sketch.

—Presidente, hicimos las bandejas con doble ración de comida para que los periodistas no reclamen —dice un oficial de la Fuerza Aérea de Chile al presidente.

Risas del presidente.

Risas de los periodistas.

Piñera lleva una camisa blanca, y del bolsillo sobresale un bic de color rojo, un bic de color negro y una regla pequeña. Dice que, además de saludar al Papa, aprovechará para tener reuniones con Cristina Fernández, la presidenta de Argentina, Enrique Peña Nieto, el presidente de México, y para saludar a Dilma Rousseff.

Y luego de explicar el itinerario, y de soltar nuevas bromas, se pone serio. Alguien le nombra a Bachelet. Hace pocos días la ex presidenta de Chile ha anunciado que volverá a postularse a la

presidencia. Y que también estará en Roma, saludando a Francisco:

—Presidente, ¿usted también va a volver a presentarse a la presidencia? —pregunta una de los reporteros.

Piñera se queda en silencio unos segundos. Rompe la seriedad con una sonrisa traviesa y dice:

—Saben, yo nunca voy a volver. Porque nunca me voy a ir. Risas de los periodistas.

El presidente de Chile cambia de tema. Con un tono de profesor nos da una lección práctica:

—Ustedes tienen que dormir la última parte del viaje. Si llegamos a Roma a las cuatro de la madrugada, entonces duérmanse cuando sean las nueve de la noche de Italia. Así van a evitar el *jet lag*.

El presidente se despide con bromas, cuenta que está viendo *Escobar, el patrón del mal*, la serie que cuenta la vida de Pablo Escobar, el capo de la mafia colombiano, que está de moda en el país. El *ringtone* de su teléfono es la voz de Escobar. Hace que los periodistas la escuchen.

Risas de los periodistas.

Se da la vuelta y se va seguido por su personal de prensa. Al rato aparece el ministro secretario general de la Presidencia y el senador Carlos Larraín. Todos, con una amabilidad que no se suele ver en los noticieros, hacen bromas y chistes con los periodistas.

La cena, pastas o pollo, se puede acompañar con vino tinto chileno. Después de eso, el personal de la Fuerza Área saca una caja con películas y equipos personales para ver DVD, pero los periodistas que van en el avión ya las han visto casi todas. Un par de ellos leen, otros escuchan música, y hay dos o tres grupos de conversación. El cansancio que traigo de Buenos Aires comienza a pa-